

aperçu, diciendo «salvo quizás el Bouvard y Pécuchet, de Flaubert».

No se puede comentar este paralelo sino con una sonrisa... Los que hayan leído el *Bouvard y Pécuchet*, me comprenderán.

Hay una señora que se llama o se pseudonombra Aurel, y afirma no haber cosa que más se le parezca, a ella, que el Caballero de la Triste Figura. Así será, y no he de discutir tal punto, porque no tengo el gusto de conocer a la Sra. Aurel. Pero también asegura que don Quijote es «un caballero francés», «como todo artista latino». Lo vago y extenso de la afirmación la hace también indiscutible. ¿Todo artista latino es un caballero francés? Bueno. Lo que tanto prueba, no prueba absolutamente nada.

En cuanto a Mauricio Barrés, no hay cosa más cómoda que su opinar. Don Quijote es, quién lo duda, un caballero francés; pero ¿no sería quizás también un caballero alemán? Y, pongo yo de mi cosecha: ¿por qué no ha de ser un caballero japonés, de aquellos leales Ronines, y un caballero persa, de aquellos del Zend-avesta, y un caballero de cualquier caballería de las que han sido en el mundo? ¿Eh? ¿Por qué no?

Menos mal que, por último, Barrés declara que don Quijote «no es alemán». Ya tiene una patria menos el Hidalgo.

No quiero seguir extractando opiniones, ni aun hacerme cargo de la del muy estrafalario León Bloy, que declara que *Don Quijote* no le gusta. Las opiniones son libres, y por lo mismo que la obra de Cervantes, con ser tan profundamente humana, es tan española, puede no agradarle a un extranjero. Si llamo estrafalario a León Bloy, es porque tal se muestra en sus escritos, no por su juicio sobre el *Quijote*. Y además, no quisiera que nadie interpretase mis observaciones como quejas contra Francia y sus intelectuales, muchos de los cuales están a estas horas en las trincheras. Y el estar allí es una acción caballeresca, y lo es toda la resistencia de Francia, tan valerosa y firme. Por otra parte, varios escritores, que yerran en un juicio crítico, no son una nación entera, ni aun partida.

El libro más impregnado de simpatía hacia Francia que se ha publicado recientemente es el de Alvaro Alcalá Galiano, que acaba de publicarse: *España ante el conflicto europeo*.

Las opiniones de este joven escritor, que ha realizado progresos sorprendentes en pocos años, llegando al dominio de un estilo claro y fogoso, y soltando los andadores con garbo sumo, son, nadie lo ignora, favorables a la causa de los aliados. Cuando la mayoría de los aristócratas hacían alarde de germanofilia, este muchacho se encontraba entre los aliadófilos resueltos. Empezó su campaña publicando un folleto, *La verdad sobre la guerra*, del cual se agotaron varias ediciones y se publicaron traducciones francesas e inglesas. Ahora, es un libro de como de trescientas páginas, que, sucesivamente, abarcan la cuestión y tratan los puntos más debatidos por la opinión en las angustiosas horas presentes.

Desde luego, Alvaro Alcalá Galiano es enemigo de la guerra. He aquí la idea primera de su obra. Y ¿quién no será, en teoría, enemigo de la guerra? Su solo nombre estremece las fibras de nuestro corazón. Vemos, de una ojeada, los males que caen sobre las naciones en estado de guerra: el estrago, la muerte, el incendio, el hambre. En otros tiempos veíase también la peste: hoy, la ciencia ha suprimido este livido espantoso: no hay peste en los campos de batalla. Con lo que resta de plagas, no obstante, es más que suficiente para que la imagen de la guerra nos haga temblar. Sin embargo, yo que soy partidario de Francia en primer término, de Bélgica después, es decir, que no soy germanófila, tengo que reconocer que la guerra no es un invento germánico ni de pueblo alguno. Estoy conforme en que la guerra más noble es aquella que hace un país invadido, por sostener su independencia; en esto no hay discrepancia posible. Lo único tal vez en que diferiremos Alcalá Galiano y yo, es en que él supone que la civilización y el progreso moral pueden llegar algún día a suprimir la guerra, como se suprime una costumbre que cae en desuso o un rito de alguna religión abolida.

La guerra, se me figura a mí, es cosa que no ha de acabarse nunca, mientras existan intereses encontrados en las naciones. Siempre el derecho positivo se basó en los resultados de las guerras. Cambiará (no tanto como parece) el modo de desarrollarse los episodios de la lucha; y claro es que la guerra actual, con aviones y torpederos, se diferenciará notablemente de la guerra antigua, con arietes y catapultas. Lo que no varía es el hecho terriblemente expresivo, terriblemente hondo, de que el último recurso humano sea, efectivamente, la fuerza.

El derecho, no obstante, tampoco es una palabra vacía de sentido. Podíamos creer que en este particular se había adelantado mucho y realizado vastas conquistas, y que, siendo la guerra cosa inevitable, la obra colectiva de razón y de piedad habría dado sus frutos, y se recogerían aún en medio del horror inevitable. Porque no es cierto que para vencer se necesite tanta ferocidad. Dentro de la guerra misma, siempre tremenda, hay detalles que aumentan la odiosidad, hasta provocar la indignación y arrancar la protesta legítima.

Y, a medida que avanza la interminable lid, vemos claramente que los alemanes han cometido el error profundo de mirar como cantidad desdeñable esas adquisiciones graduales de la civilización universal, esos progresos que ya la humanidad había apuntado en su activo, y cuya pérdida le causa amarga desilusión.

Cree el autor del libro que me inspira estas reflexiones, que el fracaso de la civilización es la guerra. Yo no lo digo de la guerra en sí, sino de este modo de guerrear. Y, aunque me lo prediquen frailes descalzos, no me avengo a que no haya sino un modo de hacer la guerra. Hay modos más regresivos, más bárbaros y atroces.

Sí: lo malo es que los tratados sean palabras nada más, y lo propio el derecho de gentes. Yo no hago la apología de la guerra; pero la considero necesidad natural y no la condeno. Tenemos que aceptar la vida. Y si los centenares de siglos que han transcurrido desde que hay memoria de hechos humanos no bastasen para convencernos de ello por los datos de la experiencia (un suceso constante tiene mucho adelantado para que lo creamos necesario y fatal), lo que está sucediendo lo demostraría. Ha prendido la guerra como reguero de pólvora; ha sido aceptada con heroica alegría por los pueblos, hasta por los más pacíficos aparentemente. Hablando hace pocos días con el prelado belga, monseñor Deploige, que está de paso en Madrid y que rige hoy la Universidad católica de Lovaina, fundada por monseñor Mercier, no pude menos de decirle que tal vez su patria no necesitaba intervenir en la espantosa contienda, con lo cual se hubiese evitado tanta ruina, estrago y sangre. De su respuesta deduje que, habiendo sido la guerra para Bélgica tan espantoso azote, era sin embargo una fuente de orgullo y gloria, que por nada del mundo se dejarían arrebatarse. También los belgas, martirizados, amordazados, sujetos al yugo, quieren *su guerra*, no renuncian a *su guerra*, no la darían por cuanto hay. Y es el caso de no pocos países, castigados, abrumados, sufriendo males sin tasa, y no queriendo ni oír el nombre de paz; y es el de otros, que trepidan de ansia de arrojarse a la movilización, de correr el sangriento albur. Es decir que, en la guerra, hay algo que parece connatural al hombre, el cual, en efecto, ha guerreado desde el punto mismo en que apareció en la superficie del planeta.

No puede tan reiterado fenómeno histórico ocultarse a la ilustración del Sr. Alcalá Galiano, y no puede ignorar que, en efecto, las guerras han sido enormes factores de la civilización, y que por ellas, y al luchar, la humanidad se ha aproximado, competido, roto su aislamiento, estrechado sus lazos formado sus ideales. Mejor sería, sin duda, que la humanidad se entendiese por medios más suaves y cariñosos; pero no lo consintió la realidad, dueña y señora de todos, de los individuos y de los pueblos.

Insisto en que, considerando que la guerra no tiene, que sepamos, substitución, entiendo que en algo ha de conocerse en las guerras el estado cultural de los pueblos que las hacen. No puede una guerra entre gentes cultas antes de guerrear, convertirse en una lucha de fieras. La guerra actual no debió igualarse a la que riñeron los mercenarios con Cartago, o a la de los zulúes con las tribus vecinas, no menos rudas y salvajes. Así como la higiene y los conocimientos científicos hacen menos mortíferos los resultados de la guerra, creyéndose que lo adelantado en materia de depuración de sentimientos y respeto a la personalidad humana quitaría parte de su horror a los incidentes de la lucha, a sus consecuencias, y armonizaría los sufrimientos de los que en ella no intervienen, pero pagan su escote. No ha sido así, sin embargo... Y aquí es donde Alvaro Alcalá Galiano y los que como él piensan tienen más razón.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ya estamos libres de la pesadilla de las elecciones. Porque las elecciones son una pesadilla, de esas en que hay visiones agitadas de películas cinematográficas, y visiones enfadosas de eterna monotonía. Estas elecciones fueron, en general, más tranquilas que otras. No se sabe de palos, bofetadas y tiros sino en contadas localidades. En cuanto a las borracheras, no pasaron de las que pudieran esperarse, dada la generosidad de los candidatos.

Lo demás, como una balsa de aceite. Tenemos Cortes, y la nación las ha parido casi sin dolor. Es decir: dolor hubo en los bolsillos de algunos candidatos elegidos y desairados. Con ley y sin ley, se ha gastado un pico en votos. En Madrid, especialmente, parece que ha corrido el oro o, digase más exactamente, la plata, a ríos. Y no concibo crítica más acerba del sistema que esta venalidad. Es la cumplida demostración de que no interesa a nadie lo que sucede en los comicios.

Como nadie ignora, *El Imparcial* ha realizado lo que se llama una encuesta o interrogatorio a escritores e intelectuales franceses, respecto al *Quijote*. Lo primero que debe notarse es que, según los que responden, don Quijote es un caballero francés. Confieso que no se me había ocurrido tal idea jamás. ¿Por qué un caballero francés? Discurramos acerca de la afirmación, a ver si puede tener alguna base.

He aquí la única que se le pudiera encontrar. Don Quijote, como sabemos, es un caballero andante, o un loco que cree serlo. Su delirio tiene por origen la lectura de libros de ficciones caballerescas. Estas ficciones, según conjeturas muy verosímiles, proceden de Francia, de Carlomagno, los Doce Pares, el Rey Artús de Bretaña, Reynaldos, y otros personajes más o menos míticos y fabulosos.

Por este concepto, cabría que en Francia se llamasen a la parte de don Quijote; pero es lo cierto que el primer libro de caballerías, según dice el mismo Cervantes, es el *Amadís de Gaula*, y su primitivo autor se cree que fué peninsular, y la primera redacción de él que conocemos es seguramente la de Garcí Ordóñez de Montalvo, de manera que el origen de los libros de caballerías, en este sentido, español es y muy español. En la librería de don Quijote encontramos este libro y asimismo las *Sargas de Esplandian*, del propio novelista; y español también es el autor de *Don Olivante de Laura*, obra de Antonio de Torquemada; y del español Melchor Ortega es *Don Fiorismarte de Hircania*, y probablemente *El caballero Platir*; y de autor español, aunque anónimo, *El caballero de la Cruz*; y lo mismo el arreglador de *Espejo de Caballerías* y las *Hazañas y hechos de Bernardo del Carpio*, y *La fumosa batalla de Roncesvalles*; y de regio autor portugués el *Palmerín de Inglaterra*, y seguramente español el autor de *D. Belianís de Grecia*, y no hay que decir si el de *Tirante el Blanco*; y todos estos libros figuraban en la biblioteca del Ingenioso Hidalgo, y fueron objeto del donoso escrutinio realizado por el Cura y el Barbero; y entre la lista nada descubrió de francés, por lo cual se quebraría de sutil la conjetura de un don Quijote empapado de lecturas francesas, y del cual pueda decirse rotundamente que es «un caballero francés».

Hay que reconocer que no todos los interrogados por *El Imparcial* calificaron de «caballero francés» al Hidalgo. Guillermo Apollinaire, por ejemplo, declara que el héroe es humano y pertenece a todas las naciones, y en esto lleva perfecta razón; y, además, confiesa que en la literatura francesa no tiene similar. Lo malo es que añade una restricción y un